

Novela Dos novelas cortas sobresalen por su originalidad: la de Zambra gravita en torno a un bonsái, la de Bellatín versa sobre un médico en crisis

Perfección y ambigüedad

Mario Bellatín
Damas chinas

ANAGRAMA
104 PÁGINAS
10 EUROS

Alejandro Zambra
Bonsái

ANAGRAMA
96 PÁGINAS
9,50 EUROS

El bonsái cobra protagonismo en la novela breve homónima de Alejandro Zambra
KEVIN FLEMING / CORBIS

J. A. MASOLIVER RÓDENAS

No deja de ser curioso, o sintomático, que haya habido tantos intentos por definir el cuento (en general por los propios cuentistas) y la novela (en general por académicos que por no escribir creación ni siquiera han escrito cartas de amor) y poquísimos por definir la novela corta, un género que cuenta con algunas de las más apreciadas joyas de la literatura, empezando por las *Novelas ejemplares* de Cervantes y terminando por Cristina Fernández Cubas, entre nosotros la más fiel al género. La razón es clara: la novela breve escapa a toda definición precisamente porque, situada en la frontera entre el cuento y la novela, participa de las exigencias de ambos y también porque se trata de crear, dentro de una estructura muy precisa y de una prosa muy limpia, un mundo ambiguo lleno de extrañas sugerencias. Y ésta es la razón por la que comento aquí dos libros que se atienen de forma espléndida a las reglas del juego.

Todos los que sabemos, sabemos que Mario Bellatín (Ciudad de México, 1960)

la Vanguardia

es uno de los más originales narradores mexicanos. Damas chinas es fiel a su trayectoria y al mismo tiempo nuevo en tantísimos sentidos. En parte, y sólo en parte, es la historia de un egocéntrico egoísta, insensible a las desgracias que ocurren a su alrededor, sobre todo en el entorno familiar. Médico de prestigio,

con una estable posición económica de la que está muy orgulloso, tiene un hijo problemático de cuya muerte él es en parte responsable, una hija que oculta su descontento, que sufre una crisis con la muerte del hermano y que acaba siendo internada y una esposa que, como su marido, trata de ignorar la tensión en la



que vive la familia. El doctor de mujeres no se siente atraído por sus pacientes sino por lo que se llamaba mujeres de la vida, como si las que no son putas fuesen mujeres de la muerte. Busca aventuras en la calle y acude a los salones de masaje (esos salones de masajes o de belleza que tanto atraen a Bellatín) o a las casas de citas. Las mujeres (algo no necesariamente explícito en la novela) lo son todo en su vida. Las mujeres, los estados de ánimo y las sensaciones de un médico que en uno de sus momentos de crisis llega a dudar de su vocación (duda de todo, no reacciona ante nada) y siente "como si la energía que generaba mi estado de ánimo atrajera el mal de las mujeres que frecuentaban la consulta. Me sirve de consuelo pensar en el caso de la cura milagrosa protagonizado precisamente por la madre del niño que habló conmigo aquella vez en el consultorio".

Y aquí viene la espléndida vuelta de tuerca de la novela: si en la primera parte el narrador es el protagonista, ahora lo es este niño que cuenta "una larga y complicada historia" que el doctor no acaba de entender del todo y que trata de reconstruir. Y si bien no puede describir las cosas con exactitud, algo se sugiere, tal vez sólo se sugiere, que es clave para relacionar las dos historias, la del niño y la del médico: la relación con "el lado oscuro que, quisiera creer, ni mi hijo ni yo estábamos en la obligación de frecuentar" y que sin embargo frecuentan, como frecuentamos nosotros

las páginas malsanas y al mismo tiempo sigilosamente sentimentales de esta novela.

No menos extrañeza encontramos en la primera novela de Alejandro Zambra (Santiago de Chile, 1975), *Bonsái*, un árbol que fue motivo de irrisión en los años del gobierno de Felipe González pero que aquí juega un papel clave para, de nuevo, unir dos historias o, mejor dicho, para entender una historia a través de otra historia, la historia de Julio, que coincide con el proyecto del propio Zambra: "Desde hace meses espera el momento en que el bonsái se encamine a su forma perfecta, la forma serena y noble que ha previsto". Y el árbol es al mismo tiempo un dibujo, es decir, el proceso de la escritura y "dentro de pocos años, pretende Julio, ha de ser, por fin, idéntico al dibujo". Se cumple así uno de los requisitos de la novela breve: la búsqueda de la perfección. En una novela que es, asimismo, sumamente, eficazmente ambigua. Gira en torno a Julio, "el joven lector que se vestía de negro", que finge haber leído a Proust, vende novelas, entre ellas dos de Cristina Peri Rossi, que nunca ha leído, que miente, que vive una intensa y algo apocada relación amorosa con Emilia y para quien "la diversión y el sufrimiento que le deparara Emilia pasaron a ser remedos de la diversión y el sufrimiento verdaderos", de sus amores imprecisos y del encargo de transcribir una novela que acaba por convertirse en esta curiosa y atractiva novela. |